

la división del trabajo le ofrece mayor facilidad de pasar de una á otra tarea; pero esta ventaja está compensada por el hecho de que todos los hombres son capaces de emprender tareas sencillas de este género, con lo cual aumenta la concurrencia y disminuyen los salarios. El obrero no tiene gran necesidad entonces de la cultura de su espíritu y de sus facultades, pues la tarea que se le asigna no exige mucha instrucción. Sin afición á su labor, sin ansia de progreso y sin impulsos para adquirir mayor desarrollo, va á parar entonces en una existencia semi-salvaje.

Estas oposiciones, que hemos descrito aquí bajo su forma más aguda (1), establecen la cuestión social.

(1) Rousseau fué el primero que hizo resaltar enérgicamente la parte enojosa de la división del trabajo y estableció con ello la cuestión social. Véase mi opúsculo: *Rousseau und seine Philosophie*, 2.^a ed. alem., p. 110-114; 133 y sig., 133.—Poco tiempo después de Rousseau, Adam Ferguson (*Essay on the history of civil society*, Edimburgo, 1767, IV, 2: Of the subordination consequent to the separation of arts and professions) expuso esta cuestión desde el punto de vista de la historia de la civilización.—En su obra *Gemeinschaft und Gesellschaft*, Fernando Tönnies ha dado una exposición altamente instructiva de la patología social, basándola en serios estudios sociológicos y psicológicos.

XXV

La cuestión social

1. Por qué tiene lugar sobre todo en nuestros tiempos.
- 2. Conexiones entre la cuestión social y la cuestión de la población.
- 3. La cuestión social es una cuestión moral. Noción de la «masa».
- 4. Dos concepciones extremas.
- 5. Necesidad de puntos de partida históricamente dados. Nadie está excluido del debate.

1. Cuando se habla de la cuestión social, es preciso ante todo descartar el equivocado concepto que obligaría á considerarla como una cuestión del todo particular y sencilla, susceptible de resolverse de golpe y de una vez por todas. Surge de fuertes oposiciones que amenazan disgregar la sociedad; pero estas oposiciones están á su vez influidas por la acción recíproca de múltiples y diversas circunstancias. No se trata aquí únicamente de una organización del trabajo material; la cultura ideal, el desarrollo de la vida del espíritu, tienen también su peso, y finalmente la constitución del Estado ejercerá asimismo esencial influencia tanto en la forma como en la solución de esta cuestión. Entre estos diversos aspectos de la cuestión social, el enlace es tan estrecho como entre la cabeza, el corazón y las entrañas. La enfermedad de uno solo de estos órganos puede ocasionar la muerte del cuerpo entero, y toda perturbación en cualquiera de ellos,

tendrá funestas consecuencias para el funcionamiento de los demás que á su vez reaccionarán sobre él. Es muy inverosímil que se resuelva alguna vez la cuestión de una manera definitiva, pues se relaciona con muchos y diversos elementos, y aunque en nuestros días es cuando se establece de la manera más clara y evidente, no es menos cierto que en todo tiempo existió bajo diferentes formas.

Si esta cuestión se ha suscitado tan sólo en nuestros días, débese á varias y particulares razones. No es que en el mundo, como podría suponerse, haya más egoísmo y envidia que antes. Tampoco se debe á la miseria ni al sufrimiento, que no son mayores que en otro tiempo, y aun podría sostenerse lo contrario. Es seguro que si no se hubiesen llevado á cabo mejoras de ninguna clase, no se hablaría de cuestión social. La extrema miseria, en efecto, deprime: restringe el pensamiento y no despierta el deseo de avanzar. Así, pues, precisamente al progreso realizado en la condición de los obreros deben éstos la facultad de poder establecer la cuestión social por sí mismos. Signo es éste de que su naturaleza no está completamente aniquilada. Si puede decirse que las cosas han empeorado, acaso sea tan sólo en el sentido de que la especialización y la dependencia, producidas por la división cada vez más acentuada del trabajo, deben resentirse tanto más enérgicamente cuanto que el obrero es hoy día, en virtud de los principios del siglo XVIII, un hombre libre. Mientras fué solamente esclavo ó servidor, no se dolía tanto de su miseria, ya que la antigua organización social, si bien le mantenía en dependencia, en cambio le aseguraba bajo muchos aspectos ayuda y protección. A esto hay que añadir todavía el progreso de las luces. La facultad de pensar despierta, y se hacen comparaciones. Ya el individuo no se inclina ante el orden social estable-

cido y ante la diferencia de las condiciones como ante cosas que se justifican por la sola razón de que existen. Se les pide sus títulos, se establecen ideales. Y cuanto mayor es el contraste entre el ideal y la realidad, con mayor impulso se mueve la imaginación.

Pero no es tan sólo el despertar de la comparación y de la reflexión lo que plantea el problema con semejante acuidad, ya que tal problema no existe para aquellos que sufren del estado de cosas actual: otros sienten su amargura. La benevolencia y el sentimiento de justicia se han desarrollado con mayor extensión y libertad. La inquietud de que nos dolemos en nuestra época, proviene en gran parte de la simpatía. Si fuera posible tener más egoísmo y menos reflexión, viviríamos sólo para nosotros de una manera más dichosa. El pesimismo, tan frecuente en nuestros días, es en gran parte resultado de cansancio del espíritu; sin embargo, su fuente más noble está en el vivo sentimiento de simpatía excitado por los numerosos sufrimientos y la gran discordancia que se encuentran en el universo y que antes parecían oprimir menos los corazones.

2. Al mismo tiempo que la conciencia de la importancia de la cuestión social adquiría relieve y despertaba el deseo de trabajar en resolverla, púdose advertir también cuán profundas son sus raíces en la naturaleza humana y sus condiciones. Estamos en camino de elevarnos por encima de esa filosofía infantil de la historia que hace remontar todos los grandes movimientos á la acción de personalidades individuales, y que pugna por otra parte con la imposibilidad en que está el individuo de comprender de qué manera han llegado las personalidades individuales á pensar y á obrar conforme lo hacen realmente. No obstante, esta concepción infantil observámosla todavía hoy tanto entre los

liberales como entre los conservadores. Para el optimismo conservador todo iría perfectamente si no existiesen agitadores radicales; para el optimismo radical, la cosa marcharía á pedir de boca si no hubiese rey ni prelados. Ambos olvidan, por una parte, que la cuestión social es para nosotros un legado del pasado, una continuación de las dificultades sociales de los tiempos anteriores, y, por otra, que hay en la naturaleza humana y en las condiciones de la humana vida causas que acaso mantendrán siempre latente la cuestión social, aunque sin duda bajo nuevas formas.

Precedentemente hemos mencionado ya que la elevada cifra de la población obrera es una de las razones por las cuales el trabajo ocupa un lugar relativamente secundario entre los factores de la producción. Si el número de obreros no fuese tan considerable, la dependencia de los mismos con relación á los patronos no sería tan grande. El aumento considerable de la población origina la lucha por la existencia en el terreno social del propio modo que en la naturaleza entera. En todos los dominios de la vida orgánica, la conservación de las especies débese á que el número de gérmenes excede en mucho al de seres que pueden desarrollarse en las circunstancias dadas. Para que un reducido número de gérmenes eche raíces y se desarrolle es preciso que perezca un número considerable de ellos. Dijérase que la vida sólo puede subsistir si se emplea una fuerza poderosa destinada á producir superabundancia de individuos. La misma especie humana tiende á propagarse con mayor rapidez de lo que permiten los medios de subsistencia. Esta observación, de que Malthus (*Essay on population*, 1798) se sirvió, no sin alguna exageración y aun estrechez de miras, para combatir el optimismo reinante, que hacía derivar todos los males sociales

de las instituciones humanas, llamó la atención sobre un aspecto esencial de la cuestión social. Vióse entonces que la vida de la sociedad está en conexión con la vida entera de la naturaleza. Darwin encontró después, en el conjunto del reino vegetal y animal, los hechos que Malthus había admitido respecto á la vida humana. No comprendemos la cuestión social, si no la vemos en sus relaciones con el conjunto de la vida natural. Ahora bien; cuando se haya observado cuán profundas son las fuerzas y las tendencias que aquí intervienen, no se creará ya tan fácilmente que la cuestión pueda resolverse por medio de una sola fórmula y de una vez por todas.

La estrechez de miras de Malthus consiste ante todo, como notaba ya Augusto Comte (1), en no observar la necesidad de una población numerosa para que la vida social pueda desarrollarse bajo sus diversas formas. La división del trabajo, el cambio activo, la organización social, todo esto solicita una población que no esté demasiado esparcida. Una población más numerosa es al propio tiempo una población más densa, lo cual favorece las mutuas relaciones, con todas sus consecuencias. Además, ante peligros exteriores, el gran número puede tener su importancia. En segundo lugar, Malthus no vió que la desproporción entre la cantidad de la población y la de las subsistencias de que se dispone puede resultar igualmente de un desarrollo imperfecto de la actividad humana. Una energía ó una habilidad mayores hallarían quizás empleo por la fuerza del trabajo en apariencia superfluo, ora por medio de nuevos descubrimientos, ora por una mejor aplicación del capital, ó bien por la producción de nuevas y más accesibles subsistencias. La

(1) *Cours de philosophie positive*, IV, 2.^a ed. p. 455.

desproporción puede, pues, en los casos particulares, tener causas diversas y provenir ya de lo defectuoso de la producción, ya de lo imperfecto de la distribución y del consumo. En lo que tiene razón *Malthus* es al decir que siempre que se realiza cierta armonía entre la población y las subsistencias, la gran tendencia de la población á aumentar no tarda en romper nuevamente el equilibrio haciendo necesarios nuevos esfuerzos para conservar el grado de vida adquirido. Esta condición es la que impulsa sin cesar al hombre en la vía del trabajo y de la cultura. *Malthus* dijo — y no es necesario ser pesimista para darle la razón en este punto — que si las subsistencias creciesen en la misma proporción que el género humano, no acierta á ver el móvil que sería bastante capaz para triunfar de la indolencia natural del hombre y empujarle en la vía de la cultura (1). La inercia, en la cual hemos encontrado el germen de todo mal (VI, 1), necesita un fuerte contrapeso para vencerla. En tanto motivos superiores no ejerzan mayor poderío que hasta hoy sobre la naturaleza, el motivo elemental puesto en evidencia por *Malthus* será necesario siempre. Para despertar el apetito y la fuerza, necesitase una presión vigorosa. Sólo cuando esta presión ha producido su efecto, llégase á un grado en el cual pueden ejercer su acción motivos más ideales. (Véase IV, 7).

No hay razón alguna para admirar el orden natural que aquí encontramos. Sin embargo, es preciso tomarlo como cosa establecida. Por otra parte, no lo olvidemos, la enérgica fuerza que suscita la cuestión social es la misma que, favoreciendo á la vez el establecimiento de la familia, funda la más estrecha de las sociedades humanas, origen de toda simpatía en la humanidad, y la misma que, por su

(1) *Estudio sobre el principio de población.*

influencia sobre la imaginación y por su poder de excitar el entusiasmo, pone en acción la facultad de la abnegación y del sacrificio.

3. La cuestión social es una cuestión *moral*. Esto resulta ya de lo que antes hemos dicho al observar que sólo á causa del despertamiento de la simpatía se establece en nuestros tiempos de manera tan clara y evidente. Suprimase por medio del pensamiento el criterio de la moral, es decir la noción moral de una sociedad ideal (III, 10; XIII, 6) y «la cuestión» cae de golpe, ó, mejor dicho, se reduce á una simple cuestión de fuerza; ya el individuo no tendrá por tarea sino librarse sano y salvo de la lucha general de todos contra todos, ó de conservar su bienestar, durante esta lucha, lo mejor que pueda. La noción de la sociedad ideal, del reino de la humanidad, exige, por lo contrario, que cada ser humano sea algo más que un medio, que ocupe su lugar propio y personal en el vasto reino de la humanidad. Es contrario al ideal de una sociedad humana que á un número mayor ó menor de seres humanos se le considere simplemente como una masa pasiva, como un conjunto de medios y de instrumentos inferiores, cuyos goces y sufrimientos no entran en consideración al hacer el saldo social de las ganancias y pérdidas. Mientras pueda aplicarse la noción de «masa» á seres humanos, no se habrá alcanzado el fin, y se producirán discordancias más ó menos enojosas. En una sociedad, lo que no entra en la organización, es la masa, lo que no forma un elemento con vida, capaz de obrar en el conjunto. En la masa, las personas particulares se borran y desaparecen: no constituyen otros tantos centros particulares de fuerzas. Donde existe una masa, la personalidad no goza de sus derechos. Por consiguiente, ni la unidad ni la variedad, condiciones de una sociedad perfecta, podrían existir en

ella: la unidad, porque la sociedad está dividida en partes que no forman ningún conjunto orgánico y son acaso hostiles una á otra; la variedad, porque la independencia de las personalidades individuales desaparece: el principio de la personalidad libre, ó sea el más importante corolario del principio del bien (VIII, 6) sufre violación desde el momento que relega á los seres personales al papel de medios, sin considerarlos al propio tiempo como fines.

4. Pero ¿puede suceder de otro modo? Algunos lo niegan. He aquí, poco más ó menos, cómo razonan. La vida social, lo propio que la naturaleza entera, está sometida á leyes ineludibles. De este género es la ley de la oferta y de la demanda. De nada sirve desplegar los mayores esfuerzos, si el resultado á que aspiran no es objeto de solicitud: no obtenemos por nuestro trabajo más que el precio á que se cotiza en el mercado. Cuantos se presenten en el mercado con su fuerza de trabajo por único bagaje, sufrirán sin remedio las consecuencias de está ley. Jamás obtendrán una existencia material asegurada, y no tendrán tiempo ni fuerza de sobras para participar de la cultura mental. No puede ser ni ha sido nunca de otro modo. Por otra parte, es preciso que se ejecute el trabajo material; es indispensable que la gran masa provea á las necesidades materiales de la sociedad, para que una limitada y escogida parte de ella pueda trabajar en la cultura del espíritu. En todo tiempo, la cultura superior sólo fué accesible á un círculo restringido, favorecido por la suerte y capaz de desarrollarse de una manera armoniosa y completa, ajeno á la obligación de proveer á sus necesidades materiales. Para que tan selecta representación de la humana especie pueda bañarse en resplandecientes claridades, es preciso que la gran masa permanezca en la oscuridad. Ni sería un bien que una luz hartó viva se

derramase sobre la humanidad desde aquel reducido círculo.

La división natural del trabajo quiere que los unos piensen en tanto los otros penan; el pensamiento perjudicaría el trabajo, excitaria el descontento ó la agitación y turbaria igualmente el orden normal. No obstante, aquella selección escogida da á la multitud más de lo que recibe de ella, aunque no es cuestión de dureza ni de inhumanidad por su parte. Y si aquellos que forman en la masa opinan que la vida que les está asignada no merece ser vivida, es preciso encaminarlos á la fe religiosa, donde hallarán un consuelo en la esperanza de una vida mejor más allá de la tumba, una compensación á todas sus desdichas y afanes terrestres.

Véase ahora una concepción diametralmente opuesta. Todas esas pretendidas leyes naturales que se ha invocado, sólo son las expresiones de un orden social producido en parte por la violencia y la usurpación. Si ciertos individuos gozan de ventajas considerables en la concurrencia general, es por consecuencia de una injusticia que debe corregirse. ¿Con qué derecho, á decir verdad, se habla aquí de un *orden social*? La única cosa que domina en la concurrencia entre los hombres es la lucha animal por la vida, en una forma, no hay que negarlo, algo velada. La sociedad actual no está en ningún modo fundada sobre principios morales y humanos, sino sobre la fuerza y el egoísmo. Así, es necesario destruirla completamente. Conviene, ante todo, despejar el sitio; luego podremos hablar de lo que convendrá establecer sobre las ruinas. Mientras se considere como hoy el trabajo material como fuerza inferior y subordinada, es preciso también que prive la idea de que el trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura. «Frente á la clase obrera, díjose en un programa elaborado por los socialistas

demócratas alemanes (Gotha, Mayo 1875), todas las demás clases sólo son una masa reaccionaria».

Tal sonido, tal eco. Ambos lados prodiganse la palabra «masa». Ambas concepciones están contestes en la idea de que existe en la sociedad un contraste violento, un dualismo; sólo que la una lo considera como útil ó cuando menos como necesario, y la otra lo juzga inhumano y fácil de suprimir con tal no falte buena voluntad al efecto.

5. Con arreglo á los principios generales precedentemente establecidos (III, 19-20; XIII, 1-4), la evolución debe proseguir lo que comenzó la evolución natural, más ó menos consciente. La voluntad humana no puede crear nada de nada; sólo le es dable continuar el edificio cuyas bases colocó la naturaleza. Ya desde entonces, sólo se trata de descubrir en lo establecido puntos de partida y gérmenes del porvenir. Si faltasen del todo, la situación sería desesperada, y este es precisamente el resultado á que nos conducen las dos precedentes doctrinas. En cuanto á la primera, la consecuencia es lógica; en efecto, considerando el dualismo existente en el género humano como un estado normal, no tiene razón alguna para pretender eximirse de él. Tocante á la segunda, por lo contrario, hay que establecer esta cuestión: si en la sociedad actual nada bueno existe, ¿dónde habrá que ir á buscar las fuerzas necesarias para construir el nuevo edificio social? Las fuerzas de que disponemos no son más que productos del pasado. No se ve, pues, claramente de qué modo la condenación absoluta de la herencia histórica se concilia con las grandes esperanzas fundadas en el porvenir.

Además, hay un punto que ambas partes olvidan. El dualismo no es tan fuerte como nos lo representan. Si en nuestros días la cuestión moral se halla establecida con mayor claridad que antes, débese en

gran parte, ya lo hemos visto, á que ha despertado el sentimiento de su importancia. Ahora bien, este sentimiento no es exclusivo de una clase ó de un círculo único. Stuart Mill lo ha dicho: es propio de nuestros tiempos que todas las clases sociales tomen parte en la discusión de las cuestiones más esenciales, y que las clases sufrientes tengan más que nunca voz en capítulo (1). Las dos partes opuestas de la sociedad no están, pues, completamente aisladas; pero es preciso que posean un terreno común para poder examinar juntas el problema. Por ahí se afirma la unidad mental de la sociedad al propio tiempo que se establece un medio esencial de progreso, pues la historia demuestra claramente que no es dable lograr ninguna reforma ni mejora alguna, si no están activamente sostenidas por aquellos en cuyo auxilio se proponen acudir. Saben mejor que nadie dónde las aprieta el zapato, y, sin su concurso, es imposible poner remedio al mal. No es factible, ni en teoría ni en la práctica, tratar la cuestión social de una manera fecunda, si los mis-

(1) *Principios de economía política*. — Lassalle sostenía que su propaganda preparaba una era de reconciliación ofreciendo á la clase pudiente lo mismo que á la obrera la posibilidad de llegar á un acuerdo en la discusión de la cuestión social (*Arbeiterlesebuch*, p. 54 y sig.) — El papel representado por los positivistas y los «socialistas cristianos» en la lucha sostenida por los obreros ingleses para hacer reconocer sus derechos (véase Sidney y Beatrice Webb, *History of Trade Unionism*, es una prueba de que la clase obrera, en la lucha que sostiene, no deja de recibir socorros y demostraciones de simpatía de parte de las demás clases, cosa que disimulan las continuas aserciones de los marxistas en la lucha de clases. Por lo demás, las mismas ideas socialistas inventáronlas desde luego hombres pertenecientes á las «clases directoras». — Que se establece una alianza natural entre los proletarios y los positivistas puede observarse en mi *Geschichte der neueren Philosophie*, II, p. 390 y 400.

mos obreros no toman parte en la discusión y en la solución de ella. Ahora bien; esto es lo único que se ha empezado á poner en práctica.

Pero de la discusión á la solución media bastante distancia, y el hecho de que todos puedan tomar parte en la discusión podría parecer, con razón sobrada, un pobrísimo consuelo. Estudiemos, pues, cuáles son las soluciones posibles que se nos ofrecen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXVI

Soluciones posibles

1. Organización de la masa por medio de las fuerzas libres ó bien por medio de la intervención del Estado. La moral y la economía política.
 - A. *Organización del trabajo por medio de la libre asociación.*—2. Emancipación y asociación.—3. Sindicatos profesionales.—4. Sistema de la participación de los obreros en los beneficios.—5. Sociedades cooperativas de producción.—6. Sociedades cooperativas de consumo. Su importancia.
 - B. *Organización del trabajo por la intervención del Estado y de la comunidad.*—7. Idea general del socialismo.—8. Su pensamiento fundamental y su crítica de la organización actual son justas.—9-12. Crítica del socialismo.—13. Importancia pedagógica del socialismo.—14. Formas bajo las cuales el Estado, sin entrar en conflicto con el principio de la libertad, puede ejercer influencia en la organización del trabajo.—15. Justificación y valor morales de la propiedad privada.—16. El comercio y su valor moral.
1. Transfórmase una multitud humana en simple masa cuando las diversas personalidades no reciben en ella ningún valor independiente, ni se desarrollan cada cual á su propia manera. Pero este desvanecimiento de las particularidades personales va acompañado de cierta falta de unión interna, de vida social organizada. Las unidades que componen la masa se mantienen indiferentes unas frente á otras. En vez de una real *comunidad*, en que estu-